

POEMAS

de
JUAN DE CONTRERAS
MARQUES DE LOZOYA
PREMIO FASTENRAT
1920



BIBLIOTECA-NUEVA

DLCL
BN OS

Tit. 147479
CB. 1183614

Depósito Legal: SG.193/2005

ISBN: 84-86789-69-9

Edita: Diputación Provincial de Segovia

Imprime: Taller Imagen

JUAN DE CONTRERAS

MARQUES DE LOZOYA

POEMAS



SEGOVIA MCMLXXVI



R. 110679

PRÓLOGO DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE SEGOVIA

Presidente del Instituto de España, Consejero del Reino, Director de la Real Academia de San Fernando,... y, sobre todo, segoviano; no se puede hablar de D. Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, si no tenemos presente, siempre y en cualquier situación, su más honrosa distinción, la que tal vez el más apreciase, la que inundó su personalidad a lo largo de toda su vida.

La bondad vino a ser, junto con la sencillez, una virtud destacada de su persona; figura sabia y buena que llenó de candor su paso por la tierra, como dijera de él D. Luis Morales Oliver, la cultura de D. Juan rebasaba fronteras, siendo el conocimiento y el amor sus normas.

El amor por Segovia, la de la luz prodigiosa.

Su prosa diáfana, clara y limpia; su sintaxis, elegante y su poesía delicada de líneas; su obra histórica empapada de españolismo.

Su vida forma parte de la Historia de Segovia, deudora, tal vez, de un público reconocimiento a su labor, entre otras muchas, de protección de aquello que nos legaron nuestros mayores y tenemos la responsabilidad de transmitir a quienes nos siguen.

Por todo ello es un honor para la Diputación Provincial publicar este poemario en el que descubriremos una de las facetas menos conocidas de su rica personalidad, como es la calidad literaria de sus poemas.

Javier Santamaría Herranz

Esta mañana, ayudándome de un viejo cuchillo de cocina abrí las páginas de un antiguo libro de poemas de mi padre con la intención, de añadirlos a los que ya tenía y componer con todos ellos este nuevo libro.

Ignoro si fue el ritmo acompasado y lento del rasgado del papel, lo que me trajo a la memoria con una intensidad abrumadora un recuerdo de mi infancia:

A mi me parecía una habitación inmensa. Por la vidriera penetraba una luz sesgada y tenue. La casa estaba en silencio. Yo tenía muy pocos años y un gran aburrimiento. En esas circunstancias, mi padre ponía delante de mi un montón de libros que estaban por abrir y un antiguo cuchillo de cocina que no cortaba nada. Su intención era estupenda, que obviamente yo no saliera dañada, pero aquellos libros resultaron altamente perjudicados.

Desde entonces, poco a poco, he tenido la fortuna de ir conociendo a mi padre. Conocimiento intenso y muy curioso ya que se da la circunstancia de que es ahora cuando siento que realmente le conozco. Aquellos poemas que compuso en su juventud, nos dan la clave de los enigmas de su vida. Nunca se hizo de él mejor retrato. A través de ellos, muy felizmente, he podido penetrar en los más profundos lugares de su alma.

Esto yo lo recibo como un gran regalo que agradezco, con todo el amor que le profeso.

Durante este año, se cumple el veinticinco aniversario de su muerte. Para publicar este libro, es un buen momento.

Angelina de Contreras
Baronesa de Hermoro

UN IMBORRABLE RECUERDO

Por Carlos Robles Piquer
Ex. Ministro de Educación y Ciencia,
antiguo alumno del Marques de Lozoya.

Decía Toynbee que la base de la civilización, más que el arte y la ciencia, era la bondad. Quién la ha contemplado una vez, añadía, lleva consigo para siempre un recuerdo imborrable.

No soy yo muy dado en pararme en los recuerdos, pero cuando pienso en mis años de estudio en una Facultad madrileña en los difíciles años cuarenta, aparece nítida y luminosa, como imborrable, la figura de Don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, ahora Grande de España, por sus meritos en el que hacer constante, su ayuda al arte, y su generosidad.

Fué un entrañable profesor de Historia del Arte Hispanoamericano. Me doy cuenta, entonces, que efectivamente el afectuoso recuerdo viene acompañándome a lo largo de mi existencia.

En verdad, que aunque hubiera bondad, no era lo único que resplandecía en Don Juan. Sus clases en mi recuerdo están marcadas precisamente por el sello del arte y de la ciencia. De un arte y de una ciencia, por cierto, muy apartadas de un saber libresco. El y otros no menos ilustres historiadores estaban poniendo en aquellos momentos los cimientos de la Historia del Arte Hispanoamericano. Lo recuerdo como un auténtico disfrute intelectual asistir a aquel proceso de creación, escucharle aventurar una hipótesis, preparar y resolver por la histografía, buscar analogías y semejanzas advertidas por primera vez, encontrar rastros y pistas olvidadas, tratando de dar unidad, coherencia y sistemática a un mundo abigarrado e inmenso en la geografía y en el tiempo histórico. Don Juan conocía su mundo por experiencias vividas y nos lo transmitía dando fé de él con la emoción que proporciona el hallazgo. Era imposible permanecer ajeno a la clase participaba plenamente.

Otros dirán de los méritos científicos de Don. Juan, de su infatigable pluma, de su presencia constante en la primera fila de la vida española de nuestros días, de su actitud catalizadora de tantas empresas desinteresadas, de su talante eminentemente pacificador frente a toda situación ásperamente conflictiva.

Yo quiero, pura y simplemente, dar testimonio emocionado de su magisterio, de la lección permanente que era para nosotros oírle hablar sin consultar una nota sobre materia de alta erudición, cuando podíamos adivinar que había por medio largas horas de estudio robadas del descanso, pues no ignorábamos que inexcusables deberes de carácter público absorbían gran parte de su tiempo.

Dar testimonio también de su accesibilidad y de la generosidad con que, a pesar de ello, distribuía su tiempo con nosotros. Desde entonces me honro con su amistad, amistad de maestro a discípulo, entregada sin contrapartida ni cortapisas, pues poco o nada le podíamos dar nosotros, sus alumnos, apenas salidos de la adolescencia.

Inolvidables recuerdos de un viaje a Italia en el 47, compartiendo con nosotros las duras condiciones de vida en un mundo recién salido de los horrores de la guerra mundial, enseñándonos, sin embargo a redescubrir la historia y la belleza sepultadas en ruinas todavía palpitantes.

Inolvidable hospitalidad la de su Torreón de Segovia concedida generosamente a sus alumnos que estábamos en el cercano campamento de La Granja haciendo la Milicia Universitaria, quienes entrábamos, como por milagro, en un ambiente de sosiego y de serena hidalguía.

Muchas cosas podría contar de aquella época pues Don Juan era para nosotros de una encantadora sencillez, infatigable contador de anécdotas e inagotable creador de situaciones divertidas.

Pero prefiero quedarme con la lección de su magisterio siempre joven, su imagen profesoral, para que sirva de ejemplo a quien lo pueda seguir.



Vista de Segovia
Unturbe

EL MARQUES DE LOZOYA

La figura humana de D. Juan de Contreras, contenía una vastedad y una solidez que sobrepasaba, con mucho, la creación poética. Era a la vez poeta, investigador histórico, compilador de saberes artísticos, (Su monumental "Historia del arte Hispánico "continúa siendo un libro fundamental) crítico de Arte, descubridor de obras, defensor del Patrimonio Español, al que se debe el regreso de las grandes obras de Arte del Prado llevadas a Suiza a causa de la Guerra, y además llevador de una vida pública intensa, desde la Dirección General de bellas Artes y la Presidencia del Instituto de España, hasta el magisterio sostenido en la Universidad de Madrid y en la Academia de arte de Roma.

Y, sobre todo ello, y acaso por ello, el Marqués, a quien todo el mundo llamaba así, era una persona excepcional. Cuantos le hemos conocido y tratado tenemos para con él una deuda de gratitud humana inextinguible. El vive, nerviosa, apresurada, dulcemente en nuestra memoria como cuando estaba con nosotros. Era, sobre todo, un vecino de Segovia, alguien con quien hablar en la calle, a quien interpelar sin ceremonia, un amigo con todo el tiempo a nuestra disposición, un paseante ensimismado y terco de la ciudad que le vió nacer (pasear, para él, era una forma de vivir) y un conversador incansable y fecundo, cuyas palabras se recogían para ser recordadas. Una humanidad conmovedora, que cuando en el punto más alto de su carrera pública fue solicitado por mí para prologar el primer – y único- libro de poemas que compuse, no sólo me llevó a su casa, sino que con sus manos movió el banco del jardín para ponerme a la sombra.

El Marqués vivía fuera de nuestro tiempo. Tan seguro estaba de la estética – sobre todo la estética – que había elegido, que era capaz de llevarlo todo a su campo, al de una Segovia y una España

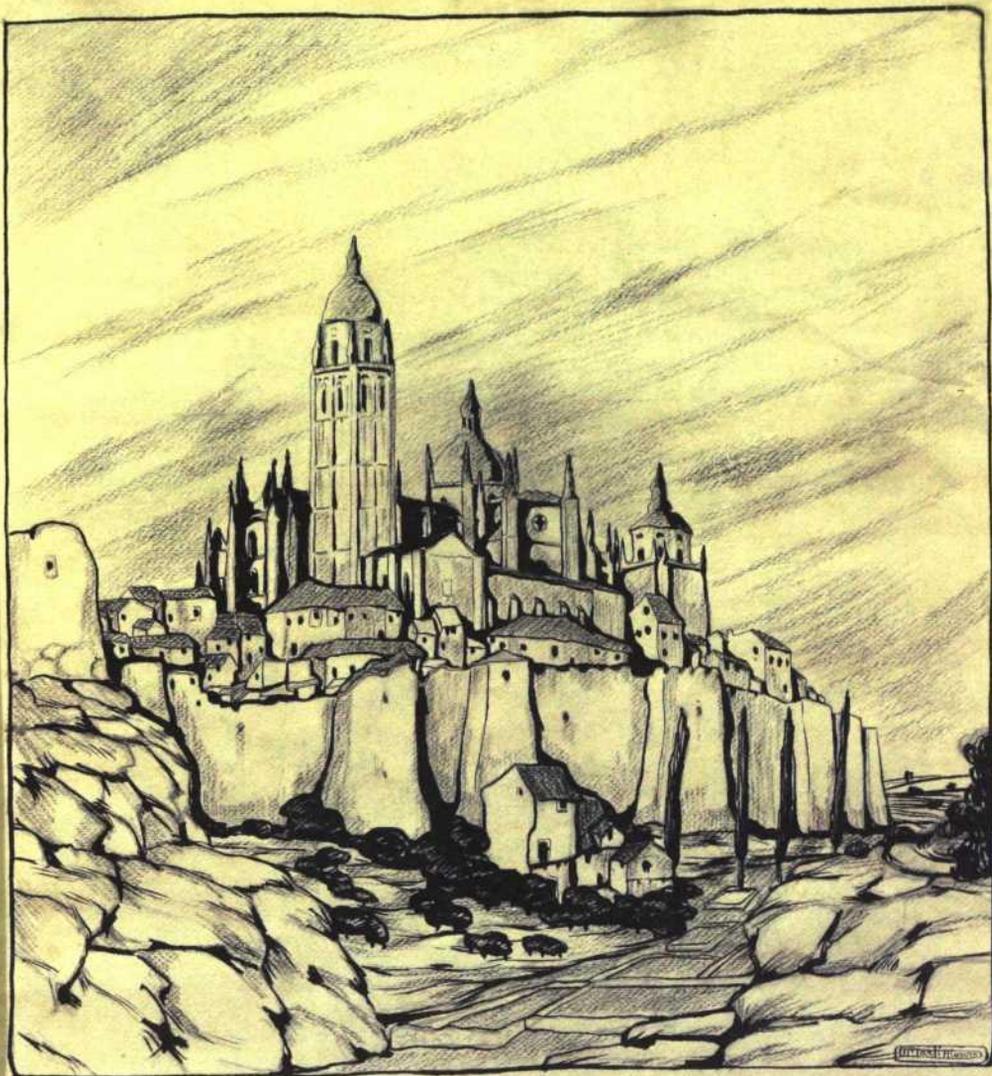
heroicas pero cotidianas, que a través de sus ojos se convertían en posibles y aún reales. Con la imprescindible sombra de su sobrino Felipe Peñalosa, otro inolvidable amigo, el Marqués de Lozoya llenó de luminosa humanidad nuestra juventud.

Su casa, un antiguo palacio, cuya vetustez era olvidada nada más pasar el umbral con su presencia, y que sus hijas mantienen como era para perpetuar la memoria de los tiempos felices, guarda este recuerdo con tal viveza que, cada vez que se pisa en ella, se espera verle entrar con su perenne sonrisa, su mano cargada del anillo de amatista, para incitarnos a ver una ejecutoria de su Archivo o mirar mejor a la Virgen del Divino Morales que velaba su aristocrático sueño.

¿Cual era el sueño del Marqués?

Sin duda Segovia, esta ciudad, a la que él, que había visto tantas, designaba con toda claridad como la más bella del mundo. Oyéndole, uno pensaba que llevaba razón.

Francisco de Paula
Rodríguez Martín



Vista de Segovia de Martí Esteve

PROLOGO DEL MARQUES DE LOZOYA

La generosa iniciativa de la Exma. Diputación de Segovia me proporciona el placer, acentuado por una tenue melancolía de releer, al cabo de muchos años de olvido, mis propios versos, desde mis primeros ensayos de juventud, compartidos con los estudios de los últimos cursos del bachillerato. Versos olvidados de todos, y aun de mí mismo y con los cuales me enfrento ahora como si fuesen de otra persona, pues otro fué el muchacho emocionado y tímido que escribía sus rimas, reiterando imágenes y conceptos que eran ya viejos en tiempo de Garcilaso, que el anciano fatigado, cargado de experiencia y para el cual la música de aquellos romances y de aquellos sonetos tiene un mágico poder evocador.

He sido ingrato con mi obra poética surgida en un cuarto de siglo (de 1910 a 1935, aproximadamente), porque ella fué la alegría y la emoción de mi juventud y ha influido favorablemente a lo largo del curso de mi vida. Hace algunos años, con motivo de un cursillo de Arte que pronuncié en la Academia Hispano - Americana de Cádiz, José María Pemán hizo mi presentación con muy elocuentes palabras. Recordaba en ellas que durante nuestra juventud, sentados en sillones contiguos en la Biblioteca del Ateneo de Madrid, intercambiábamos nuestros versos. Pero, al correr del tiempo, sobre mis cuartillas, cubiertas de renglones cortos, se iban amontonando los libros de Historia y de Historia del Arte. «No importa - decía Pemán - en el fondo de la tarea universitaria de Juan Lozoya están siempre los versos de su juventud.» Y yo creo que este concepto - dejando aparte lo que haya en él de amistosa benevolencia - es exacto. Si mis libros de Historia y de Historia del Arte han alcanzado alguna notoriedad es porque, bajo su intento de rigor científico persevera en ellos el espíritu de los romances que encendían mi alma de entusiasmo y de fervores en mis remotas jornadas de estudiante.

Pretendo en estas líneas preliminares ser, como se me requiere, un comentarista de mi propia obra poética, sin los dengues de una falsa modestia o de una valoración excesiva. Creo sinceramente que en pocos años mis libros didácticos quedarán anticuados y preteridos ante los hallazgos de los nuevos investigadores, pero siempre habrá alguien que tenga en la memoria algunos de mis sonetos. Lo más espiritual es lo más permanente. Recuerdo la parábola orsiana de aquellas tres hermanas que reciben, a un tiempo, regalos diversos: la mayor, una joya; la segunda, un vestido; la tercera, un frasco de perfume, que se rompió por accidente aquel mismo día. La joya hubo de ser enajenada; el vestido perdió pronto su lozanía, pero en el cuarto de la menor permaneció por siempre el perfume de la esencia derramada.

Voy, pues, a intentar una breve historia de mi carrera como poeta; como poeta jubilado. Mi buena fortuna hizo que naciese (30 de junio de 1893) en una de las más bellas ciudades de España, en un caserón vetusto en el cual el paso de los siglos ha dejado vestigios de todos los estilos. La casa tenía un jardín umbrío sobre la muralla medieval incrustada de lápidas romanas que pedían que la tierra fuese leve sobre segovianos muertos hace veinte siglos. Eramos seis los hermanos que jugábamos en aquel jardín, que era nuestro paraíso y los seis teníamos notable facilidad para versificar, heredada sin duda de nuestro linaje materno, que es el del Canciller Ayala, pues los Contreras fueron ante todo, desde el siglo XVI, grandes venadores. Yo sólo, desde niño, tomé en serio el escribir líneas cortas y rimadas. Recuerdo la ocasión de mi primer poema, cuando tenía siete u ocho años de edad. En la casa frontera a la mía: la fortaleza edificada por los Marqueses de Moya, vivían los administradores; un joven matrimonio con dos hijos, niño y niña, de muy corta edad. En pocos meses murieron los padres, y los huérfanos, vestidos de negro como era uso entonces, venían a jugar con nosotros en nuestro jardín. La niña era de una belleza extraordinaria, y su presencia enlutada me emocionó tanto que la dediqué un breve poema en cuartetos.

Los chicos precoces son siempre impopulares y mi ensayo, ciertamente poco afortunado, me valió una rechifla que aumentó por mucho tiempo mi timidez nativa.

Tuve una infancia enfermiza. Leía mucho, por mi obligada quietud; pero no recuerdo haber escrito versos, escarmentado, sin duda, por mi primer fracaso. Mi pasión por escribir se inició cuando en el bachillerato los Padres Dominicos, a cuyas clases acudía, me pusieron en contacto con los clásicos y descubrí en mí mismo una gran facilidad para imitar aquellos sonetos y aquellos romances cuya música me llegaba al alma. Y escribí sonetos y romances que merecieron la bondadosa aprobación de Don Lope de la Calle y Don Salvador Núñez, profesores entonces del Instituto. El « Adelantado de Segovia » mantenía una página literaria que regentaba Don José Rodao, conocido en toda España por sus breves composiciones humorísticas y satíricas; único entre los segovianos que tenía el privilegio de publicar sus versos en la prensa de Madrid. Al amparo del prestigio de poetas consagrados (José Rincón Lazcano, Don Eulogio Moreno, el párroco de Arcones; Don José Zamarriego, el médico de Garcillán) la página admitía a noveles. En una sección, que no era la menos leída, Don José, en un tono humorístico – en verso, a veces- aprobaba o desaprobaba los trabajos, que se enviaban con un seudónimo. Yo me decidí, no sin terror, a mandarle tres sonetos de corte clásico y esperé el fallo con tanta emoción que al recibir, cada lunes, « El Adelantado », casi enfermaba. Por fin vino el dictamen aprobatorio con estas palabras, que me llenaron de alegría: «Los sonetos se publicarán. Animo que usted escribe bien». En cambio, a continuación, venía la repulsa a un desconocido colega que firmaba con el seudónimo de «Bartolillo»:

En cambio Vd. escribe, «Bartolillo»
como pudiera hacerlo un marmolillo.

Los años que corren entre mis quince, en que acabé el bachillerato, y los veinte, son quizás los únicos de mi vida en que he gozado del fecundo placer de un ocio total, que me permitía vivir solamente para leer y para versificar. Seguía como alumno libre, sin vocación, la carrera de Derecho en la Universidad de Salamanca y con mi memoria, entonces extraordinaria, me bastaban un par de semanas de preparación inmediata para salir del paso en los exámenes. Escribía mucho – algún ensayo de investigación histórica- formando parte del grupo al cual los socios del Casino de la Unión llamaban, cuando paseábamos por la calle Real, « el bando de los poetas ». Eramos los

que, en la ciudad, sentíamos la inquietud del movimiento cultural de España en una época desventurada en todos los aspectos, pero en la cual la Literatura y el Arte alcanzaron un esplendor solamente comparable al del «Siglo de Oro». Fueron los años del descubrimiento de la España interior por los literatos y artistas del litoral: Gabriel Miró, Azorín, Unamuno, Baroja, los dos Machado, Ignacio Zuloaga, los Zubiaurre... Castilla, con sus maravillosas ciudades, entonces intactas, con sus castillos derrumbados sobre sus alcores, con la amplitud marina de sus llanuras fue el tema exclusivo de poetas y de pintores.

El «bando de los poetas» (Julián Otero, de exquisita sensibilidad; Juan José Llovet, que alcanzó con sus lecturas en el Ateneo triunfos resonantes; Mariano Quintanilla, una de las figuras más insignes en la historia cultural de Segovia) se entusiasmaba con los versos y con la prosa de quienes nos habían enseñado a ver nuestra propia tierra. Colaborábamos asiduamente en la «Página Literaria» de «El Adelantado» y en las revistas, de efímera vida, que surgían de nuestras tertulias, que se celebraban en el estudio de alguno de los artistas que formaban parte de nuestro grupo: Eugenio Torreagero, en el Taray, con balcones sobre las alamedas del Eresma; Fernando Arranz, que desde la antigua iglesia de San Gregorio dominaba las choperas del Clamores. Comenzaron a tomar parte de nuestros cenáculos jóvenes escritores foráneos establecidos en Segovia: Marcelino Álvarez Cerón, Alfredo Marqueríe.

Comencé a tener un cierto prestigio local. La corrección de mis versos; su sentido tradicional eran gratos en el ambiente de Segovia en la segunda década del siglo. Despertaban, sobre todo, el entusiasmo de la tertulia del Palacio de Cheste, presidida por la nieta del famoso general isabelino, Director de la Academia Española y traductor del Dante, de Camoens y del Tasso. Además de los clásicos y de los estudios históricos que constituían ya mi verdadera vocación, todo cuanto se refería a mi ciudad y su tierra era « asunto » para mi vena literaria. No me cansaba de contemplar la ciudad y solía recorrer a caballo las aldeas de ambiente serrano y pastoril. Mi padre como todos sus antepasados, fue ganadero de merinas y tenía en Torrecaballeros el rancho más importante de la provincia. En mis primeros años viví intensamente el encanto de ese mundo singular, prehistórico, de la

ganadería trashumante: la llegada de los rebaños desde Extremadura, en el mes de mayo, con sus pastores cuya rudeza ocultaba mucha vieja sabiduría, con sus yeguas y sus mastines; y, sobre todo, el esquileo, a cuyas faenas daba intensa poesía el canto de los esquiladores, sobre todo en la misa dominical, que se celebraba en una tribuna sobre el mismo local en que se trasquilaban las ovejas, sin que la urgente tarea se interrumpiese. Yo tenía once años cuando, a la muerte de mi padre, hubimos de desprendernos de la famosa cabaña, pero en mi senectud perdura en mi corazón el eco de aquellos cantos y de aquellos balidos; de aquellas alegres jornadas de las cuales apenas se conserva el recuerdo.

Comencé a acariciar la ilusión de reunir mis versos en un tomo y entregué una selección de lo más aceptable a la imprenta de Antonio San Martín. Acudía cada día al local, situado en la plaza de las Sirenas y me complacía en escoger, con los operarios (Ciriaco, el regente; Hipólito, el maquinista; Macario Yuguero; Ramírez y Francisco; Eugenio Cisneros, encargados de la composición; Pablo Pastor, el aprendiz). letras y viñetas y me unió con ellos una estrecha amistad. Lo cierto es que el libro, que vio la luz en 1913 con el título de Poemas Arcaicos, superó por su belleza tipográfica su ingenuo contenido. Me hizo, para la portada, un magnífico dibujo Manuel Martí Alonso, artista y literato que se había incorporado a nuestro grupo. Me entusiasmaban los poetas franceses del 1900 y a su influjo responden los alejandrinos de un librito que con el título de Poema de añoranzas publiqué en 1915, también primorosamente editado por mis amigos de la imprenta de San Martín.

Pero con más intensidad aún que los paisajes y la historia de mi tierra dominaba mi alma el sentimiento religioso, adquirido en la infancia en mi íntima compenetración con mi madre y que ha informado toda mi vida. Me educué con los Dominicos y mantuve la amistad tradicional en mi familia con los Carmelitas Descalzos, que decían misa en las fiestas en la capilla de mi casa. Me complacía en pasear con alguno de ellos entre los cipreses de la huerta de san Juan de La Cruz, desde cuyas alturas se domina uno de los más bellos panoramas de España. De estas emociones procede lo que estimo lo mejor, lo más sincero de mi obra poética: los Sonetos Espirituales, cuya primera impresión surgió de los tórculos de San Martín en 1917.

Tengo la ilusión de que alguna de estas breves composiciones, gritos de amor, de angustia o de esperanza, perdure cuando mi obra histórica y literaria se haya sumido en el abismo del olvido.

Mis versos comenzaron a ser conocidos fuera de Segovia a partir de 1918, en que Angel Herrera me brindó una colaboración poética constante en «El Debate», que era ya por entonces uno de los órganos más importantes de la prensa española. A partir del año anterior, en que heredé este título por muerte de mi hermano, firmaba como «Marqués de Lozoya». Mis versos eran ya algo más que ensayos de principiante. Tenían cierta originalidad, dentro de la pasión del momento, por la evocación histórica que se manifestaba en los versos de Marquina, de Villaespesa, de Manuel Machado. Como todos mis colegas segovianos, admiraba apasionadamente a los grandes poetas de América: Rubén, el neosegoviano, Amado Nervo, Santos Chocano. Mis pequeños poemas, publicados en el «El Debate»: Romance de los fundadores, La querella, Canto a los villanos de Castilla antigua, El rey, despertaron grandes entusiasmos, sobre todo en ambientes académicos y tradicionales. Sobre uno de ellos recibí de don Angel Ossorio y Gallardo la carta que no resisto a la tentación de copiar: «Mi estimado amigo: ¡Qué estupenda poesía La querella! No son unos versos, son una raza» (12-IV-918).

En 1920 di a la imprenta de San Martín los versos de los últimos años, reunidos en un libro que se llamó Poemas Castellanos y que fue editado con el primor habitual. Fue recibido por la crítica y por los académicos con elogios que parecían presagiar un éxito que no había de llegar nunca. Un día del mes de febrero de 1921 recibí inesperadamente un telegrama de Don Francisco Rodríguez Marín en que me decía: «La Real Academia Española ha concedido a su libro Poemas Castellanos el premio Fastenrath». Fue una enorme sorpresa, pues yo no tenía noticia de que nadie hubiese pensado en solicitar para mi libro semejante honor. El premio Fastenrath, que concedía el Rey a propuesta de la Academia, era, en realidad, el único premio literario tenido en cuenta en España. Pocos días después en un oficio, el Secretario de la corporación, don Emilio Cotarelo, me enviaba copia de una comunicación del Intendente General de la Real Casa que decía así: «Tengo la satisfacción de participar a V. E. que S. M. el Rey, nuestro Señor (q. D. g.) se ha servido a aprobar la propuesta hecha

por esa docta corporación concediendo el premio Fastenrath correspondiente al año 1919 a la obra del señor don Juan Contreras, Marqués de Lozoya, titulada Poemas Castellanos». Con este motivo, cumpliendo el protocolo, hube de acudir a Palacio, enlevitado y enchisterado, a agradecer la merced recibida a don Alfonso XIII, que me acogió con su arrolladora simpatía.

Creí de justicia el que mis colaboradores de la imprenta de San Martín, que con su arte y con su trabajo habían logrado la perfecta presentación del libro, tuviesen alguna parte en el triunfo y les invité a todos, desde el regente hasta el último aprendiz, a un almuerzo en el ventorro de Magullo, en la carretera de Sepúlveda, que era entonces todavía una venta clásica, alivio de arrieros y trajinantes, pero ya famosa por la excelencia de su cocina. Para amenizar la fiesta impuse como condición que todos habíamos de brindar en verso. Guardo como un tesoro aquellos brindis, rebosantes de ingenuidad, de alegría triunfal y de cariño, desde los versos correctos de Ciriaco Ramírez, el regente que escribía bien, a los de Pablo Pastor, niño todavía, que salió del paso así:

A la rosa, a la rosa;
al clavel, al clavel;
Don Juan nos convida
A comer y a beber.

Recuerdo aquella jornada primaveral como una de las más felices de mi vida.

En los años que van del 20 al 30, decisivos en la Historia de España, sufrí un cambio total en mi manera de vivir y este cambio de refleja en mis versos de este tiempo, que tienen un cierto carácter autobiográfico. Comenzaba ya a cansarme – y se cansaba todo el mundo – de evocaciones históricas. Por otra parte sentía la angustia que siguió a la primera guerra internacional y la angustia de España en aquellos años trascendentales. No me parecía ya bastante el sentido horaciano de la existencia que reflejan algunos de mis pequeños poemas – La morada, por ejemplo – y sentí el tedio de mi vida apacible en mi casa, en mi huerto, en mi ciudad y esta inquietud, este hastío doloroso, este cansancio repercuten en algunas de las poesías de

este tiempo: Noches en las eras, El caballero del verde gabán y, sobre todo, en aquella que comienza.

Yo quise hacer mi estancia, sobre el haz de la tierra,
en mi ciudad antigua, la de las torres de oro.....

que responde a una honda crisis espiritual. De 1925 es la segunda edición de Sonetos Espirituales, realizada con gran lujo tipográfico, pero sin el acento personal de su antecesora segoviana, por la editorial «Voluntad». Siguiendo lo que creía mi deber, me sometí a la dura prueba de las oposiciones a cátedra y obtuve, en abril de 1923, la de Historia de España en la Universidad de Valencia, en cuya ciudad, que vino a ser mi segunda patria, residí muchos años, consagrado con alma y vida a la enseñanza. Mis trabajos de Historia del Arte, publicados en las revistas especializadas de Madrid, me habían alcanzado una notoriedad que no lograron mis versos ni mis dos breves novelas: El regidor, premiada en 1923 en un concurso de «Voluntad», que la editó con gran lujo, y La alquería de los cipreses, de ambiente valenciano. Recibí de la editorial Salvat un encargo muy importante: la Historia del Arte Hispánico, a cuya redacción hube de consagrar la mayor parte de mi tiempo. El primer volumen, que vio la luz en una fecha histórica (14 de abril de 1931), obtuvo, dentro y fuera de España, un éxito excepcional.

Seguía, sin embargo, escribiendo versos que, aun cuando creo sinceramente que eran mejores que los que obtuvieron en 1920 el premio Fastenrath y los mayores elogios de la crítica, pasaban sin pena ni gloria, con breves y corteses referencias en la Prensa. En 1924 edité por mi cuenta en Madrid, Romances del llano; poco después surgió de los tórculos de «Voluntad» Cantar de las tierras altas. Todavía en 1935, entregado totalmente a abrumadoras actividades, recogí algunos poemas dispersos en Los caminos y los días, nacido también en Segovia, como la mayor parte de sus hermanos.

Desde años antes pesaba en mi poesía la influencia de la de Antonio Machado. El magno poeta residía en Segovia, donde explicaba, en el Instituto, la asignatura de Lengua Francesa, pero tuve con él muy escasos y cordiales contactos. Yo acudía solamente a mi ciudad en las vacaciones estivales, que él pasaba siempre fuera de ella. Supe que en

una tertulia íntima había ponderado mis sonetos y recibí la noticia con alegría y gratitud.

En 1931, año para mí de tristes y gratos recuerdos, hube de abandonar mi cátedra universitaria, que era mi mayor ilusión, por la política, hacia la cual sentía horror. El muchacho tímido y ocioso que paseaba con sus amigos poetas por las alamedas del Eresma se había convertido en un trabajador infatigable, abrumado por la angustia de sus compromisos editoriales, que no supo ya lo que es el descanso. Solamente durante mi estancia en Roma (1953-1957) hice versos alguna vez. La poesía, como la filosofía, requieren el ocio. Yo puedo en cualquier momento escribir sobre Historia o sobre Historia del Arte, pero no puedo en cualquier momento versificar. Por otra parte me daba cuanta de que la poesía era ya otra cosa, inaccesible para mí. Soy amigo de Vicente Aleixandre, de Dámaso Alonso, de Gerardo Diego, y lo fui de Federico Muelas, de Luis Felipe Vivanco, de Pedro Salinas y de Juan Ramón Jiménez, Tuve y tengo conciencia de que la pobreza de mis recursos poéticos me impedía incorporarme a la generación que tanta gloria ha dado a España. Fue un gran acierto el retirarme a tiempo.

Pero guardo hacia mis pobres versos olvidados, que ahora La Exma. Diputación de Segovia generosamente resucitan, una inmensa gratitud.. Ellos alegraron mi juventud y creo que dieron a mi vida un sentido más profundo, más humano. Ellos me acercaron a Dios. Todavía en mis paseos solitarios – me fueron abandonando mis amigos del «bando de los poetas» – en los ocasos estivales, por los alcotes de Segovia, o en mis largos insomnios de anciano, un verso de juventud relumbraba en mi mente, como un relámpago. Y a su luz revivo mi pasión por la Historia y por los paisajes de Castilla; mis amores castos y sentimentales como los de un niño;

Mis deseos de ser útil; mis ansias de ser mejor y, sobre todo, mis coloquios con «El Buen Amigo», que es ya mi última esperanza.

El Marqués de los Ríos



Segovianos
Valentín de Zubiaurre

I

AMO yo a mi Segovia, si el ambiente
es de cristal, y brilla en el nevero
el tibio resplandor del sol de Enero
que a los viejos conforta suavemente.

Y cuando Abril apenas se presiente
en la flor de un almendro temprano:
y en las tardes de estío: reverbero
de la sangrienta hoguera del poniente.

Amo yo a mi ciudad, cuando en Octubre
un regio manto de oro antiguo, cubre
los senderos umbríos y desiertos.

Y al hundirse en las sombras misteriosas
de la tarde otoñal, todas las cosas
nos hablan quedamente de los muertos.

II

DO he sentido, Señor, tu voz amante,
en el misterio de las noches bellas,
y en el suave temblor de las estrellas
la armonía gocé de tu semblante.

No me llegó tu acento amenazante
entre el fragor de truenos y centellas;
¡el ánimo llamaron tus querellas
como el tenue vagido de un infante!

¿Por qué no obedecí cuando le oía?
¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
y hundirme en las tinieblas del vacío?

Haz, mi dulce Señor, que en la serena
noche, vuelva a escuchar tu cantinela;
¡ya no seré cobarde, Padre mío!

III

CAMINOS DE CASTILLA

Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
La huella de los santos y de los caballeros.

¡Caminos de Castilla, luengas cintas de plata
Que os perdéis a los lejos, en los campos desiertos!
En las noches de luna torna la cabalgata
De los Reyes caídos, de los jinetes muertos.

.....

Como alcotán altivo que anida en las almenas
Con su hueste de algara, pasa un recio adalid:
Arrastra, por gualdrapas, banderas agarenas;
Las gentes, temerosas, le dicen «Mío Cid».

Han pasado los siglos; por el camino, un día,
Van dos mozos, henchidos los pechos de ilusión.
Les lleva su miseria, su orgullo y su hidalguía
Al puerto de Sanlúcar, do espera un galeón.



En las claras estrellas quieren leer su suerte
Y las estrellas dicen, temblando en el azul,
Que domarán imperios y que hallarán la muerte
En ignoradas costas, bajo la cruz del Sur.

La lluvia de noviembre golpea los caminos;
Ahúllan los lebreles del viento en la llanura;
La Reina Doña Juana de los tristes destinos,
Pasea por Castilla la Muerte y la Locura.

En la noche sombría, brillan los cuatro hacheros
Que alumbran vagamente, con su luz funeral,
El ataúd, cubierto de negros reposteros
Donde explaya sus alas el águila imperial.

El chapeo sin plumas y el bolsillo sin blanca;
Arrastrando las capas, como manto de Reyes,
Caminan los sopistas que van a Salamanca
Buscando amores nuevos, mejor que viejas leyes.

Tal vez riñen dos de ellos al salir de la venta
Y juegan ágilmente de espada y de broquel.
En sus brazos abiertos, una cruz no lo cuenta:
«Mataron aquí a un hombre, rogad a Dios por él».

Una tarde junio, bajo el cielo de fuego
Que reseca los campos y que dora el trival,
Recogido en sí mismo, pasa un fraile andariego,
Camino de Medina, de Aranda o Madrigal.

En las sierras azules hay reflejos de ocaso;
Humean los hogares; una campana suena.
Las yuntas, fatigadas, tornan con lento paso;
Va cayendo la noche, sosegada y serena.

En los campos del cielo, sobre la tierra oscura,
Se encienden las estrellas, como las flores de luz.
¡Noches esplendorosas de estío en la llanura,
Que ponéis en las almas el fervor de la cruz!

Todo canta en la tierra, todo brilla en el cielo
Para el viajero humilde, que de la paz va en pos.
Su alma, tan fatigada, siente un dulce consuelo,
Y en soledad escucha la palabra de Dios.

.....

¡Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
La huella de los santos y de los caballeros.

IV

Quien me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo,
alegremente y sin temor departe?

Y sólo por Ti te ame, y llegue a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera, para hallarte.

¡Oh con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como Tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte!

INQUIETUD

«No tienes aquí morada permanente, y en cualquier parte que estuvieses eres extranjero y peregrino.»

Kempis.

Do quise hacer mi estancia sobre el haz de la tierra en mi ciudad antigua, la de las torres de oro, y al resguardo del muro que mis morada cierra, de cosas familiares reuní mi tesoro. Con deleite de avaro amé mis cosas bellas - estampas y medallas - en soledad altiva; apenas si a mi torre llegaban las querellas de la miseria humana, siempre sangrante y viva. ¡Para el vivir gozoso, basta un exiguo espacio! En las cosas pequeñas puse todo mi amor. Gusté tranquilamente la suave miel de Horacio y olvidé que en mi torno palpitaba el dolor. Olvidé que en la vida no hay hora sin combate. La vida es romería que no admite descanso; así es eterna el agua que los cantiles bate; así el agua se pudre, si para en el remanso. Me sentí cada día más solo en mis moradas; como blancas palomas, huían las virtudes; para ocupar sus nidos llegaron en bandadas, cual pájaros de presa, las negras inquietudes.

Pasaron, como un sueño, mis jornadas serenas;
¡En un exiguo espacio, cabe muy gran dolor!
Como hambrienta jauría, me buscaban las penas
hasta en lo más oculto del castillo interior.
Oí, entre mis angustias, que una voz me decía:
"Poeta: en tu posada, no eres si no un viajero.
Para buscar reposo, no es tiempo todavía.
¡Renuncia a lo que amabas y retorna al sendero!
Lloré sobre la ruina de mis horas felices;
pero Dios da un consuelo, si quieta una ilusión.
¡Al tiempo en que arrancaba sus últimas raíces,
sentí que le nacían alas al corazón!

ESTAMPA DE VIAJE

Era el sol en las Castillas una gloria y un castigo.

Cruzaba yo en el expreso los amplios campos de trigo;
las bandas de segadores decían ¡adiós! al tren,
flameando sus pañuelos con un tranquilo vaivén.
Era para ellos el monstruo, que corría la llanada,
una pausa en su trabajo; la ilusión de la jornada.
Brillaban los dientes blancos sobre los rostros cetrinos.
¡Cuán diversas nuestras vidas! ¡Cuán varios nuestros caminos!
Me pareció que trazaban, con su mano generosa,
el perdón sobre mi vida, mi vida inútil y ociosa,
cuya miseria es tan honda, que no mueve a compasión,
pues, como un gusano oculto, va royendo el corazón.
¡Mis amigos de un instante! ¡De un instante nada más,
que os cruzasteis en mi vida, para no volver jamás!
Por la gracia, tan cristiana, de vuestro gesto de adiós
al viajero fugitivo, habrá de premiaros Dios.
guardando en vuestra mirada la lumbre de esa alegría,
tan sencilla y tan serena, que no es posible en la mía.

VII

Amor que en el silencio sufre y vela,
es de muy alto precio y hermosa;
es la gracia de amor más noble y pura
si en soledad y en sombra se recela.

¡Dichoso aquel que, por humilde, anhela
hundir sus penas en la noche oscura!
¡Cuando el ánimo esconde su amargura,
Dios mismo en su regazo le consuela!

¡Vidas llenas de amor y doloridas
que relumbráis entre las otras vidas
como gemas dispersas en el lodo!

¡Vuestra huella en la sombra resplandece
por el dolor, que todo lo ennoblece;
por el amor, que lo embellece todo!

VIII

OFRENDA

a D.^a X. de C.-E.

Dentro de los viejos muros segovianos
ha tiempo que había dos mozos hermanos.
Eran los vestigios de una antigua raza;
el mayor gustaba de lances de caza
y sabía el arte de la montería.
Por la blanca nieve los rastros seguía
y al pato salvaje buscaba en el caz.
¡Era generoso, bravo y montaraz!
El menor gustaba de la vida quieta;
era algo anticuario y un tanto poeta,
y en su librería, de estantes repletos,
con calma de orfebre, limaba sonetos.
Al amor del fuego, y en largas veladas,
solían contarte sus bellas jornadas,
y al llegar tu santo, como de dineros
andaban escasos ambos caballeros,

en vez de brocados antiguos y raros,
copas cinceladas o diamantes claros,
a tus pies traían presentes diversos:
el Marqués, perdices; el poeta, versos.
Hogaño la ofrenda te llega incompleta;
solos van los versos del mozo poeta,
pero en su presente, yo sé bien de cierto,
que está el gran cariño del hermano muerto.

III-XII-MCMXVII.

VENDIMIA

Hasta que no quisiste que comiera
del rubio moscatel de que comías
con codicia infantil, nunca creyera
se dejasen comer las pedrerías.

Vendimiando amatistas y topacios,
mozos y mozas, en alegre coro,
lanzaban su cantar a los espacios
entre la pompa del viñedo de oro.

Seguimos conversando junto al río.
Por las olmedas hondas y desiertas,
flotilla de oro sobre el caz sombrío,
bogaban hacia el mar las hojas muertas.



¡Tarde otoñal! La calma del ambiente
fué penetrando en mi sentir de mozo,
y el corazón, latiendo locamente,
se quería romper de puro gozo.

Dejáronme esas horas, tan tranquilas,
tanto dulzor en corazón y boca,
que aún se nublan un poco mis pupilas
cuando la mente su recuerdo evoca.

X

Ay corazón! ¡Ay corazón! Mendigo
que en vano has de tocar todas las puertas ...
¡Ay, desterrado, que a buscar no aciertas
la patria amada ni el seguro abrigo!

¡Errante peregrino! ¿Con qué hostigo
buscas las sendas de la dicha, inciertas?
¡Ay, cuánta carga de esperanzas muertas,
de hastío y de dolor, llevas contigo!

¡Pobre aguilucho de las alas rotas!
¿Quién te dará un lugar donde esconderte
para curar tus llagas, en sosiego?

¿Quién te verá subir hasta perderte
en las regiones límpidas, ignotas?
¡Ay corazón, desamparado y ciego!

XI

La estancia, toda blanca, estaba llena
del apacible encanto matinal;
en un claro jarrillo de cristal
florecía una vara de azucena.

Cesó la niña en su oración serena,
y se turbó su rostro virginal
cuando una voz alada, en el umbral,
Ave María, dijo, gratia plena.

El celestial heraldo tendió el vuelo,
y quedó palpitando en el ambiente
la dulce invocación ¡Ave María!

Todo fué así: sencilla y suavemente;
y se enlazó la tierra con el cielo,
y el nuevo siglo comenzó aquel día.

CANTO TRIUNFAL

Dolor: Padre de todo lo noble y lo fecundo!
Cada día que pasa, vuelves a ser, del mundo,
redentor.

Porque tú las heriste, saben volar las almas.
Por ti es bella la vida; tú las pasiones calmas.
¡Oh Dolor!

Tú eres radiante y puro como el hermano fuego;
tú abrasas a las almas, para que brille luego
su fulgor.

Sin ti no habría santos ni poetas habría,
y, hastiado de sí mismo, el mundo moriría,
¡Oh Dolor!

Dios te bendiga, que eres la luz en el camino ;
¡Mensajero del Rey! del tesoro divino
portador.

Dios te bendiga, heraldo de la vida y la gloria;
Tú los claros diamantes separas de la escoria.
¡Oh Dolor!

Artífice supremo, que en el metal viviente,
de raras maravillas, eres sabio y paciente
forjador.

¡Compañero de viaje! Tú, el que prenderte sabes
del arzón del jinete, del marino en las naves.
¡Oh Dolor!

¡Guerrero infatigable! Yo, en tu blasón he visto
la corona de espinas, sobre la cruz de Cristo,
mi Señor.

¡Las puertas de la gloria me abra tu llave de oro,
y, por ti, me perdonen los ojos que yo adoro!
¡Oh Dolor!

Cuando a una alma conduces al umbral de la muerte,
el coro de los Santos suele salir a verte
con amor.

Con el Rey Jesucristo va la Virgen María,
de mártires y ascetas la augusta teoría...
¡Oh Dolor!.

Tal vez tú me acompañes más allá de la fosa;
tal vez el alma escucha, cuando el cuerpo reposa,
tu clamor.

Sólo al jardín del cielo no pasarás conmigo;
yo te daré, en las puertas, un dulce adiós de amigo.
¡Oh Dolor!

Sólo entrará a mi lado tu ardiente compañero,
más fuerte que tú mismo: el noble caballero
del Amor.

Tú, impasible y sereno, volverás a la Tierra
a ser luz o castigo, a llevar paz o guerra.
¡Oh Dolor!

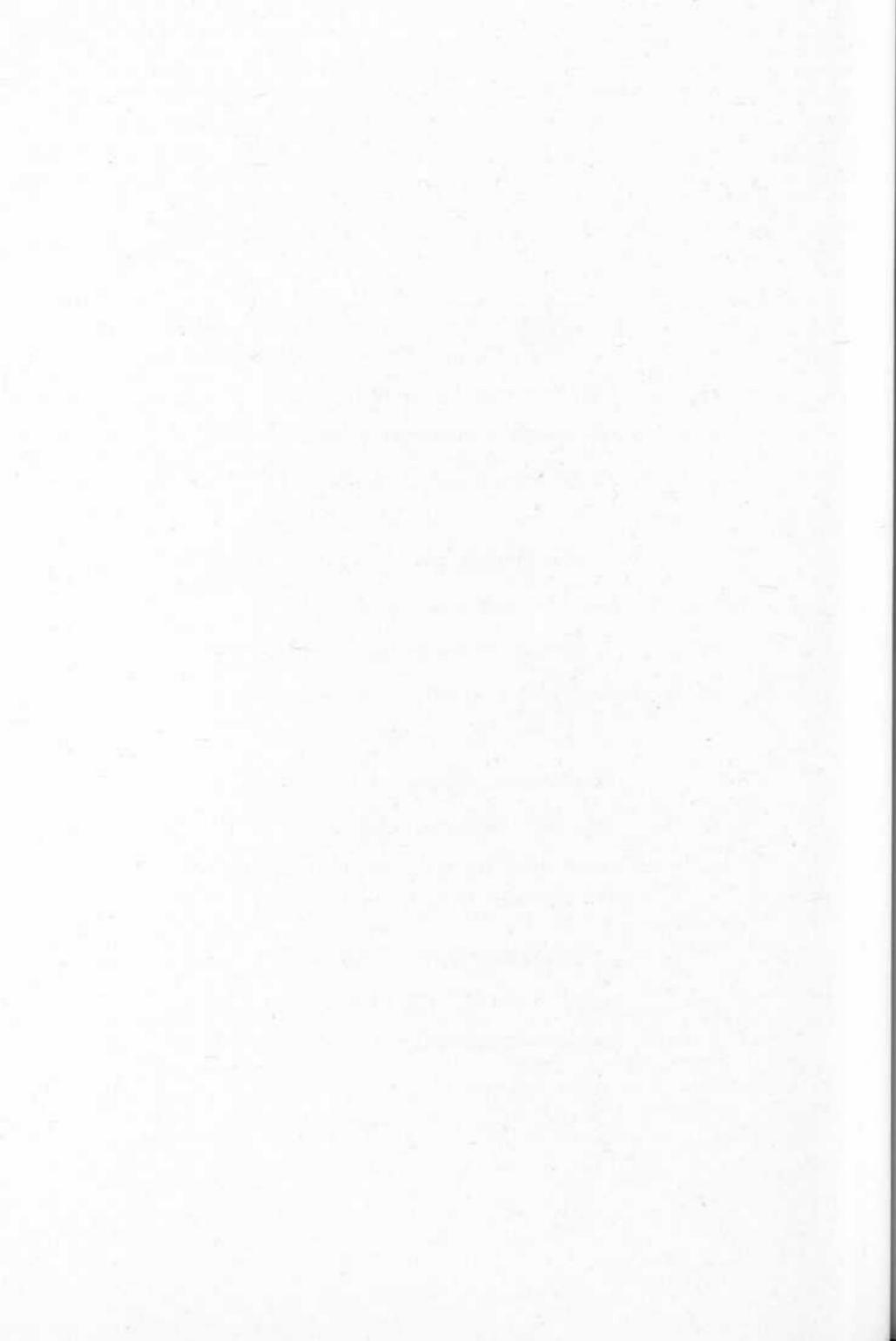
XIII

Hermano mío, ¿lo recuerdas?, era
cerca del mar. La noche descendía
y, oteando la vaga lejanía,
fingíamos paisajes de quimera.

Hablábamos despacio; en la escollera
con manso ritmo el agua se rompía,
y el campo de los cielos encendía
las flores de su eterna primavera.

Sobre la enhiesta roca, sin testigo,
hablamos largamente del anhelo
de eternidad, que en nuestras almas arde.

A solas con el mar y con el cielo,
yo sentí que Jesús, el Buen Amigo,
estaba con los dos aquella tarde.



XIV

T ierras de Medina; leguas
de camino polvoriento.
En la cinta del camino
vamos enhebrando pueblos.
Rompen el ritmo del surco
-romance de tono serio-
sombra azul de las pinadas,
verdegay de los viñedos.
Pasan los pueblos iguales
(aún su nombre no sabemos;
-el nombre que es, para tantos
el centro del universo-).
Y al pasar, la pena antigua
se hace más viva un momento.
La paz, que en vano buscamos,
¿estará en alguno de ellos?
En este ambiente de hastió
¿espera acaso el sosiego
de nuestra inquietud constante
de nuestro cansancio inmenso?

A la vera del camino
está el jardín de los muertos.
Sobre los blancos tapiales
asoman cipreses negros.
¡Cuán dulce será el descanso
en la tierra de ese huerto
en donde cantan los grillos
ocultos entre el cantueso!
¿Por qué nos llamáis, campanas?
¿No veis que vamos huyendo
de ese centauro implacable
que lanza flechas de tedio?

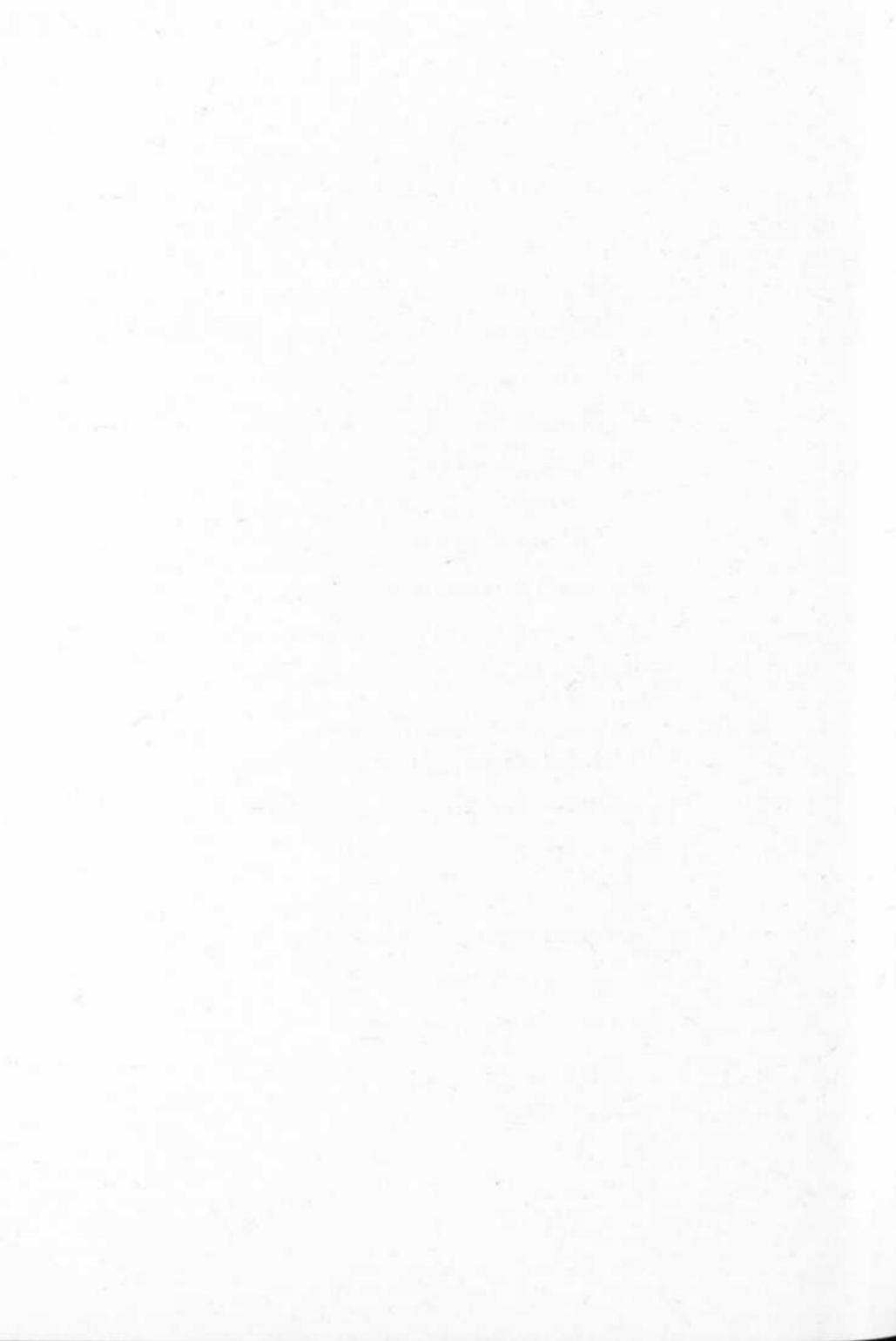
XV

Decis, los que me amáis, que estáis muy ciertos
de no olvidarme nunca, cuando muera.
¡Oh, eterna ilusión! ¡Noble quimera!
¡Es muy leve la huella de los muertos!

Cada día, con rasgos más inciertos
su recuerdo en la mente persevera.
Los templos que el amor les erigiera
van quedando cerrados y desiertos.

¡Madre del alma, que me amaste tanto
y a la que tanto amé! ¿Cómo, el encanto
apenas, de tu voz, en mí persiste?

A veces me sorprendo ante el espejo
buscando en mis pupilas el reflejo
de la mirada tuya, dulce y triste.



DE LA JUDERÍA VIEJA

Hundiendo en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus monedas cuenta.
¡Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor!

¡Oh cuántas riquezas Don Mosé tenía
en su tendezuela de la Judería!
Tapices de Oriente guarnecen el muro;
Relumbran la gemas en el antro obscuro;
Pero hay en un cuarto, que no abre jamás,
Unos ojos negros que relumbran más.

Hundiendo en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus monedas cuenta.

Hilando su lino, la niña decía:
¡Ay, quién fuera mora de la monería!
Si en alguna villa fuera yo villana,
Bailara en las fiestas a toda mi gana.
¡Padre que me matas de quererme tanto!
¿No me vés solica y en amargo llanto?

Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor.

Judío, judío, no cuentes el oro,
Que rondan ladrones tu mejor tesoro.
En aquel silencio de tu callejuela
¿No oíste un murmullo como de vihuela?
Sobre los guijarros, ante tu dintel,
¿No oíste los cascos de un bravo corcel?

Hundida en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus riquezas cuenta.

Ya ronda el amante la tapias del huerto;
Ya sale la niña, que el postigo ha abierto;
Ya la sube el mozo sobre el alazán;
Ya por los caminos galopando van.
De la madrugada las primeras brisas
Se llevan los ecos de sus frescas risas.

Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
que te desgranaba tu perla mejor.

XVII

Quien recuerda el aroma de las flores
abiertas en lejanas primaveras?
¿Quién, aquel resplandor de las hogueras
que hicieron, otro invierno, los pastores?

Pasa la vida así, con sus dolores;
así la gloria, que afanoso esperas.
Poeta, ¿quién sabrá de tus quimeras?
Amante, ¿qué ha de ser de tus amores?

Una noche serena así decía,
mirando de los ciegos la grandeza,
cuando una voz me susurró al oído:

«Ama con puro amor, trabaja y reza;
duérmete luego en paz y en Mí confía:
Cuanto se hace por Mí, nunca es perdido!»

XVIII

Del autor a la memoria del
conde de Cheste, su padrino.

Do conocí a un anciano, tan anciano,
que en los profundos surcos de su frente
vislumbrábase un siglo, y en la ingente
barba, y en el cabello unduoso y cano.

Yo he besado una flaca y larga mano
siempre leal, que peleó valiente,
Y que volvió, muy suave y doctamente,
rimas del Dante en verso castellano.

Alguna tarde que en mi alegre huerto
buscaba sol para su cuerpo yerto,
le dió mi brazo reverente auxilio.

Era yo un niño, y por la vez primera,
llegóme al alma, de su boca austera,
la plácida cadencia de Virgilio.

EL VENCIDO

Ua no saldré de aquí, mi dulce amiga
la espada he de colgar del talabarte;
Vencido estoy y muerto de fatiga,
Huyendo del recuerdo que me hostiga
De mi antigua traición, vengo a buscarte.
Acógeme cual soy; no he de ofrecerte
El cuerpo recio, el ánimo gallardo
Que se alejó de tí, sereno y fuerte;
Vengo pobre y enfermo y a la muerte
Sin impaciencia y sin temor, aguardo.
Para esperar, la vida silenciosa
Que por quimeras vanas dí al olvido,
Busco en mis lares y en tu amor de esposa,
No extinguido tal vez... ¡Sé generosa,
Que es muy mucho, mujer, lo que te pido!
Estos campos dorados, esta aldea
Que hallaba, en mi locura, tan pequeños,
Me sobran ya, después de la pelea.
La casa en que nací, quiero que sea
Sepulcro de mis glorias y mis sueños,
Y en ella, un aposento, do las cosas
Sean recuerdos de la edad florida,
Y de un libro las páginas gustosas
Que me hablen de las vías misteriosas
De Dios, y del amor, y de la Vida.

Y una ventana donde el aire puro
Y la fragancia del jardín respire,
Y un antiguo sillón de roble duro
Y un Cristo renegrido sobre el muro
Que con sus ojos de piedad me mire.

¡Cuántas veces soñé cuando la nave
Hendía el llano de la mar lejana,
Mecida de los vientos, como un ave,
En la casa, en tu voz, tranquila y grave,
En el libro, en la Cruz y en la ventana!
De todos mis ensueños peregrinos
Tan sólo tú me quedas; si tú callas
La palabra que guarda mis destinos,
El pan mendigaré por los caminos
Perdida la postrer de mis batallas.

He de contarte la derrota mía.
¡Triste historia en verdad! Mujer, escucha:
Partí al amanecer de un bello día ...
¡Si tú supieras cuán me parecía
Pequeño el mundo, al comenzar la lucha!...

EL LEBREL «AMADIS»

(Esculpido en piedra, en la tumba de los Ayala, en Quejana)

Como un perro fiel
guardaré tu sueño.
Yo seré un lebrel,
tú serás mi dueño.

Las dulces cadenas
en tu mano, ten
Que hasta el Tiempo vencen
los que quieren bien.

Mis ojos leales
no verán, al verte
la huella que dejan
el tiempo y la muerte.

Te verán tan bella
como ahora te ven
Que hasta el Tiempo vencen
los que quieren bien.

Si tu imagen fuese
piedra blanca y fría
yo también en piedra
me convertiría.

¡Así el sueño eterno
velaré también
Que hasta el Tiempo vence
los que quieren bien.

XXI

Flabio: es muy triste condición humana
el apegarse al mundo y a las cosas,
pasadas las jornadas generosas,
muerto el amor, la juventud lejana.

Es así el moribundo, que se afana
en alargar sus horas dolorosas,
por ver, una vez más, las nuevas rosas,
por saludar al sol de la mañana.

Pajarillo del ánimo, cautivo;
¿amas tanto a tus cárceles, que, abiertas,
ya no quieres trocarlas por un cielo?

¿Por qué, olvidando tu soñar altivo,
cuando tienes, al fin, rotas las puertas
te me acongojas de emprender el vuelo?

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

Cuarteles de Cabanillas!

¡Pobres tierras centeneras
labradas en los resaltes
de las faldas de la Sierra!

¿Quién fué el primer labrador
que vino a arar las laderas?
¿Quién concibió la locura
de sacar pan de las peñas?

Desde aquel día se siguen
las heroicas sementeras.
Aun queda nieve en los altos
cuando las mieses verdean.

¡Nunca vi por las Españas
tan humildes primaveras!
Entre los ralos centenos
los claveles azulean.

Cantan grillos en las lindes
escondidos en la hierba;
palpitantes corazones
las amapolas semejan.

Relumbran al sol de agosto
las hoces para la siega;
por la Virgen de septiembre
aun queda parva en las eras.

¡Labrador de tierras altas
que a la cruz de mayo rezas
por que la helada tardía
no te abraze las cosechas!

No envidies a los pastores
que emigran con sus ovejas
y corren tantas cañadas
y cuentan de tantas tierras.

Los que pasan al sereno
las noches tibias y bellas,
y con hogueras de piorno
las altas cumbres alegran.

Cielo claro y tierra pobre
te fué dado por herencia.
¡Tierra de pocas espigas!
¡Cielo de muchas estrellas!

XXIII

Amor, como una lámpara votiva,
humildemente en mis santuarios arde;
como el primer lucero de la tarde
brilla tranquilo, en soledad altiva.

Es como un niño, y en la cuna viva
del corazón, requiere que le guarde.
En ella, por zahareño y por cobarde,
huye de las miradas, y se esquiva.

Aunque peno por él, en él me gozo
al contemplarlo, hermoso y escondido
como un diamante singular y claro.

Yo, que lo recogí, nunca he sabido
de si lo oculo por pudor de mozo,
o por codicia sórdida de avaro.



JARDÍN INTERIOR

Ua lo veis: río y canto con vosotros
y con vosotros juego,
pero en el hondo mar de mi conciencia,
como una perla, duerme mi secreto.
Aunque vivamos juntos años y años,
jamás acertaréis a comprenderlo.
De la llamita, que, sin treguas, arde
tranquilamente, dentro de mi pecho,
apenas si aparece en mis pupilas,
de tarde en tarde, algún fugaz reflejo.
¡Mi vida es apariencia!
¡Mi vida de verdad, queda por dentro!
Me veis reír a veces
cuando de hastío y soledad me muero,
y, a veces, cuando lloro,
de goces inefables estoy lleno.

Como fiera acosada
de hambre y de sed, me rendiría luego,
si el alma no pudiera guarecerse
en la quietud de su jardín secreto.

LLANTO

Llanto varonil!

Cuando una tragedia de amor o de muerte
rinde a quien se hacía triunfador y fuerte
y deja en el alma ternura infantil.

¡Llanto sin consuelo,
que una vez tan sólo se llora en la vida
cuando la alta frente se inclina, vencida,
y pesan sobre ella la tierra y el cielo!

¡Corazón altivo!

Como treme el roble bajo el huracán
temblabas entonces, ¡pajarillo aun vivo,
en el que sus garras clavó el gavilán!
Pasó la tormenta; queda enhiesto el roble,
pero en el ramaje perdura el destrozo;
el hombre es más sabio, más fuerte y más noble,
pues sabe la ciencia que encierra un sollozo.

¡Llanto de mujer
manso y silencioso cual lluvia otoñal!
¡Por borrar la pena que lo hizo verter,
diera yo la gloria de un trono imperial!
¡Llanto de la madre por el hijo muerto!
¡Llanto de doncella que enterró a su amor!
¡Sangre de la herida, que tal vez yo he abierto!
¡Llanto de vergüenza!
¡Llanto de dolor!
¡Llanto de los niños, mezclado entre risas,
como entre la lluvia suele el sol brillar!
Rocío en las rosas, que la aurora irisa,
¡quién como los niños supiera llorar!

¡Llanto varonil!
Yo he probado un día tu amargo sabor.
¡Nubló mis pupilas tu velo sutil
y vi un mundo nuevo, más bello y mejor!

XXVI

Sino, coracao da aldeia;
coracao, sino da gente...
(Cantar português.)

Bronce de catedral, amplio y sonoro,
que, lentamente, tu clamor desgranas,
en la penumbra azul de las mañanas,
y en el sosiego de las tarde de oro!

¡Alegre voz que, convocando a coro,
en la espadaña conventual te añas!
¡Canción de la ciudad! ¡Claros campanas!
¡Oh cuánto en mis ausencias os añoro!

Esquila viva que mi pecho bate;
mi corazón, que os ama como hermano,
se place en recordar vuestro concierto;

Y, adivinando vuestro son lejano,
alegremente con vosotras late,
y a muerto dobla, si dobláis a muerto.

XXVII

uisiera ser pequeño, tan pequeño
como una sabandija, y esconderme
entre la selva de los trigos de oro.
En esa selva luminosa, donde
entra la luz tan suave y tan cernida,
y el viento hace cantar cosas eternas
a las espigas, y latir los pétalos
de las sangrantes amapolas rojas.
Quisiera que mi vida-vida breve;
¡sólo el espacio de una primavera!-
discurriese entre el bosque de los trigos,
entre claveles, de un azul tan puro
como un esmalte heráldico, tomillos
y margaritas, de áureos corazones
y fragantes cantuesos, que recuerdan
el día en que el Señor, bajo su palio,
recorre las callejas pueblerinas.
Serían mis hermanos, las cigarras
y los grillos, menudos tañedores
que en esta noche de San Juan, sonora,

ofrecen su concierto a las estrellas
y la ranita de esmeralda viva
y de ojillos estáticos, saltones.
Yo tendría un cantar, sólo una nota
y una vez y otra vez la lanzaría
uniéndome al inmenso y amplio coro
de las noches de Junio, tan serenas,
Yo quisiera vivir en los trigales
y nacer un poquito cada día
en la fiesta triunfal de las auroras,
y morir un poquito cada tarde
en largos, melancólicos ocasos
y dormirme en el seno de la tierra
cuando, al compás de rítmicas segures
mi frágil selva se rindiese al suelo.

XVIII

Clara noche estival! El firmamento
tan cerca brilla, que sus gemas de oro
parecen enredarse en el sonoro
follaje del pobar, que mueve el viento.

Llena los campos, compasado y lento,
de las cigarras el solemne coro ...
¡Señor y Padre mío! ¡Oh cuánto añoro
la Eternidad, que tan cercana siento!

¡Noche serena, rutilante, santa!,
cuando todo en mi torno brilla o canta,
¿por qué yo he de callar, confuso y triste?

Bajo mi pecho, que de amor suspira,
hoy vibra el corazón como una lira...
¡Púlsale Tú, Señor, ya que lo hiciste...!

VIERNES SANTO

Aún la Muerte huía de ella; que hasta la Muerte se aterra
del brillo de aquellos ojos, que ya no saben llorar.
¡Era su pena tan grande, que no cabía en la Tierra!
¡Era inmensa como el cielo, y era amarga como el mar!
¡La madre del asesino! Se apartaban a su paso
las mujeres, conmovidas por un espasmo de horror;
la madre del asesino vagaba sola, al acaso,
medio muerta de fatiga, de vergüenza y de dolor

¡Señor, que en todas las penas guardas secretas dulzuras,
y con la mirra del llano mezclas un poco de miel!
¡Señor, que tan suavemente nuestras hondas llagas curas!
¿Qué consuelos encontraste para un dolor como aquél?

¡Viernes Santo! Por las rúas llevaban a Cristo muerto;
preludiaban los clarines una marcha funeral.
¡Viernes Santo! Abril cubría de nuevas flores mi huerto
y llenaba de fragancias la brisa primaveral.

Con matices de violeta se va oscureciendo el cielo;
avanzan, en largas filas, trémulos puntos de luz;
con la faz de blanca cera sobre el negro terciopelo,
va la madre dolorosa, llorando al pie de la Cruz.
Stabat Mater..., cantaban los coros pausadamente,
y su voz, como un sollozo, se perdía en un temblor.
Las dos madres enlutadas se encontraron frente a frente,
pasados los corazones por la espada del dolor.
¡Señora!-clamó la anciana-, tú llevas al hijo inerte;
pero mi pena es tan grande, que ni aun la tuya es igual;
si mi hijo fuera inocente, ¿qué me importara su muerte?
¿Tú sabes que el tuyo es Santo!, ¡y el mío es un criminal!
Espantada de sí misma, cayó a los pies de María,
y sus labios temblorosos dijeron una oración.

La Madre de los Dolores, más pálida todavía,
sin que nadie lo entendiera, la habló quedo al corazón.
Y la dijo así: «Hija mía, ¿quién puede medir mis duelos?
¡No hay angustias en la tierra que en mi corazón no estén!
No lloro por Jesucristo, que vive y reina en los Cielos;
mi pena es tu misma pena: ¡lloro por tu hijo también!»

XXX

Laudato sí, mi signore per sor
aqua, la quale e multo utile et
humile. et pretiosa, et casta.

San Francisco
(Cántico del Sole.)

Agua: casta y alegre creatura,
hermana del de Asís; agua serena
de los quietos remansos; agua buena
que en los arroyos límpidos murmura.

Agua salobre, que en la gran llanura
del mar, reza la eterna cantinela;
agua ciega, dormida, la que llena
del frío aljibe la oquedad oscura.

El agua es voz que llama suavemente;
la plácida canción de la corriente
sosiega el alma, y a soñar convida.

¡Voz de la fuente que en mi huerto mana!
¡Háblame quedo, con piedad de hermana,
hasta adormir las penas de mi vida!

MIS ALCOTANES

Alcotanes altaneros
de vuelo firme y veloz
que anidáis en las almenas
de mi castillo interior!

Los que tan alto volabais
que vuestra vista oteó
el desfile de los siglos
en solemne procesión;

¿Quién abatió vuestro orgullo?
¿quién rindió vuestro valor,
que andáis zahareños y huidos.
con miedo en el corazón?

¿Qué abismo visteis, tan hondo
que os llenase de pavor?
De tanto subir, ¿cegásteis
en las lumbreras del sol?

Tended el vuelo, mis aves,
con nuevo y pujante ardor,
en el azur explayadas
como piezas de blasón;

Vuestra mirada avizore
los llanos que Dios tendió
del confín de las Castillas
a los montes de León;

Allá donde el Duero engrana
con plata que brilla al sol,
ciudades que son joyeles
de rica y noble labor.

Tal vez veáis levantarse
la generosa nación
que fué señora de pueblos
cuando así lo quiso Dios.

Si hambre tuviérais, yo os diera
por cebo mi corazón.
¡Alcotanes altaneros
de mi castillo interior!

LA MUERTE DEL REY

La mansa lluvia los vitrales hiere;
gime en los claustros su responso el viento;
el toque de agonía, sordo y lento,
conmueve El Escorial: el Rey se muere.

Entre las sombras, el paisaje adquiere
la gravedad augusta del momento;
del coro monacal, como un lamento,
llega el hondo clamor del miserere.

Va a amanecer. ¡Cuán larga la refriega
en la que pugna por partirse el alma
de la cárcel del cuerpo, dolorida!

Hay un instante de solemne calma,
y en manos del Señor, el Rey entrega
el temeroso enigma de su vida.

XXXIII

Do te invito a mis bodas, como al mejor amigo;
sin ti, no será alegre mi banquete nupcial.
Tu paz llene mi casa. Tu, Señor, sé testigo
que te doy sin reservas mi corazón leal.

Como en Caná, las hidras del banquete de bodas
quedarán rebosantes de un generoso vino;
y toda nuestra vida y nuestras obras todas
han de guardar fragancias de tu licor divino.

En tu licor divino, que las almas embriaga,
encontraremos fuerzas para llevar la cruz.
¡Conversa con nosotros! ¡Que tu verbo nos haga
mejores y más puros, sedientos de tu luz!

Yo te invito a mis bodas, con tu madre María.
¡El pisar mis umbrales, no desdeñes, Señor!
Que, si tú la bendices, será la casa mía
alegre, santa y fuerte, mansión del buen amor.

¡Señor, sé nuestro huésped, como en Betania fuiste!
¡Parte el pan con nosotros, viajero de Emaús!
Que no haya en nuestra vida jornada alegre o triste
en que no nos conforte tu presencia. ¡Oh, Jesús!

XXXIV

Piedad, Señor, piedad: que tus lumbreras
aviven mi esperanza, que se apaga!
Busco yo en Ti, para curar mi llaga,
fuentes de amor, palabras verdaderas.

Humilla mis miradas altaneras,
la eternidad, aterradora y vaga.
Gloria, deseo, amor... ¡Todo naufraga
en ese mar sin fondo y sin riberas!

Va muriendo el rescoldo de la tarde
y al extinguirse su reflejo incierto,
la noche ha de venir, honda y sombría:

¡Condúceme al seguro de algún puerto
donde el roto navío se resguarde
para esperar la luz del nuevo día!



Vista de Roma
Dibujo sobre papel
Riera Serra, 1965

TURISTAS EN ROMA

Buscas a Roma en Roma, ¡Oh peregrino
y a Roma misma, en Roma, no la hallas.
La corres desde el Foro a las murallas
del Pincio al Quirinal y al Aventino.
Correr sin enterarte es tu destino.
Oyendo al guía reverente callas,
no guardarás, cuando a tu patria vayas
sino polvo y cansancio del camino.
Mejor que tú gustaron su dulzura
el monje, que comenta en su clausura
de Horacio y de Virgilio el noble verso;
y el pescador, que en la isla Tiberina
ve fluir, en la tarde que declina
el río, siempre igual, siempre diverso.

TRAMONTO ROMANO

El cupulón, de rosa y de topacio
entre santos de mármol de Carrara.
es como un mongolfier, que se prepara
a remontarse, libre, en el espacio.
Las sesenta ventanas del palacio
contemplan, en tres filas, la Lungara
En la fuente un tritón yergue la tiara
de un escudo papal sobre el cimacio.
Conduciendo ella misma su mil-ciento
la Madre General torna al convento.
Un cura chino pasa en bicicleta ..
Saetas de la muerte, compasadas
del reloj conventual las campanadas
matan las horas, en la tarde quieta.

Acabose de imprimir este libro de Poemas,

en la Muy Noble Ciudad de Segovia,

por la imprenta Taller Imagen

En el XXV Aniversario

del fallecimiento

de D. Juan de Contreras

Marqués de Lozoya.

La selección de estos poemas

ha sido realizada por su hija

D^a. Angelina Contreras

Baronesa de Hermoro.

MMV



DIPUTACION PROVINCIAL DE SEGOVIA

DL 50910